



NECROLOGIA

D. Antonio Azpiroz y Dugiols



ENTREGÓ su alma á Dios, en Tolosa, el día 12 del mes corriente (D. E. P.)

Natural de Ibarra, donde vió la luz primera el día 21 de Julio de 1833; fueron sus progenitores D. Juan Agustín Azpiroz y D.^a María Antonia Dugiols, tía carnal del coronel Dugiols, á quien la villa, un tiempo capital, elevó un momento, proclamándole hijo generoso, soldado héroe, que derramó en cien combates su sangre preciada, demostrando en todos los instantes, con el temple de su alma, sus cualidades de estrategia.

D. Antonio Azpiroz, no fué militar, como su primo D. Felipe; pero conquistó con su trabajo intelectual y con su honradez y caballeridad acrisoladas y jamás desmentidas, galardones imperecederos, granjeándose la estimación profunda de cuantos le trataban.

De elevada estatura, robusto y vigoroso, tipo de la raza euskalduna, que, desgraciadamente, tiende á convertirse en legendaria, su noble continente, servía armónicamente á las manifestaciones de su clarísima inteligencia, que se revelaba en todos los momentos, por medio de una palabra fácil, persuasiva y elocuente, al dar forma á las ideas y á los pensamientos producidos sin esfuerzo.

Narrador infatigable, encantaba lo mismo cuando remontándose á las más elevadas concepciones de la crítica histórica, ofrecía síntesis admirables, como cuando—gozando, él de antemano—refería chasca-

rrillos, en los que la agudeza del ingenio y el *saber decir*, corrian parejas, siendo todos los protagonistas baserritarras, y ocurriendo siempre en los más apartados é insignificantes pueblecillos de Guipúzcoa.

Licenciado en Derecho Civil y Canónico, brillaba en la Ciencia del Derecho, siendo muy especialmente en las cuestiones de carácter administrativo una verdadera autoridad, un maestro.

Obtuvo el año 1869, por oposición rigurosa, la plaza de secretario de la Excma. Diputación de Burgos, cuyo cargo desempeñó con suprema pericia, dejando una admirable organización, hasta 1904, en que, sólo cediendo á sus reiteradas instancias le fué concedida la jubilación.

Cruel enfermedad, iniciada hará cerca de un año, minó aquella naturaleza de roble, aquellas grandes energías, eso sí, sin lograr dominar su espíritu profundamente religioso, su alma hermosa, siempre llena de fe, y así fué edificante y consoladora hasta en su último instante, la muerte que le arrancó la vida, al dejar testimonio de cómo es y cómo debe ser, las del justo, la del que tuvo á Dios, no sólo en los labios, sino en el corazón, rindiendo el homenaje que á su Creador debe la criatura, cuanto más inteligente, más apta para comprender su pequeñez.

Probará la estima en que era tenido, el respeto, el cariño de la Excma. Diputación, hacia el que dejó de ser su secretario, cuando la edad, á su juicio y conciencia escrupulosos principió á mostrar la necesidad del descanso, probará, decimos, el aprecio de los servicios prestados, la consideración general que disfrutaba, el hecho de que á sus funerales fué enviado, representando á la Diputación burgalesa, el señor Presidente y el señor Secretario, que sucedió al finado.

Y es de notar, que en los cuatro años transcurridos desde su jubilación, hay tiempo muy sobrado para que el olvido hubiera tendido un velo espeso, obscureciendo, mejor dicho borrando, méritos y servicios, de no haber sido muchísimos y todos ellos eminentes, siendo además el tributo rendido al ilustre guipuzcoano, tanto más expresivo cuanto que la condición de la entidad y la distancia, le hubieran excusado facilísimamente. No lo hizo así la Diputación de Burgos, cumpliendo como buena y como noble.

Hónranse las columnas de la Revista, dedicada á los hombres y á las cosas de nuestra Euskeria, al publicar esta sencilla Necrología, ofreciendo un proster tributo, al que ostentó, enalteciéndola, en las tie-

rras de Castilla, su cualidad de hijo de Guipúzcoa. Lo aportó á modo de espejo, en el que los presentes y los venideros deben verse, para poner en práctica los altos ejemplos de los que, como D. Antonio Azpiroz y Dugiols, observó fielmente y logró realizar, el grandioso pensamiento que encierran los versos del inmortal bardo de Villarreal de Urrechua.

Eman da zabaltzazu
Munduban frutua.

MARIANO ZUAZNAVAR.

Agosto de 1908.

